

Durante el voluntariado que realicé con el apoyo de las Universidades de la Comunidad de Madrid en Ayacucho, una región de la sierra peruana, fui testigo del conflicto existente entre la sociedad ayacuchana y los migrantes venezolanos. En un lugar tan tradicional como Ayacucho, donde apenas existe turismo, y aún menos internacional, la llegada de venezolanos –que ahora en todo el país se acerca al millón– se estaba haciendo notar. Conforme iba aumentando el número de migrantes venezolanos, también lo hacía el rechazo social.

Este rechazo llegó a materializarse en políticas públicas tendentes a restringir la llegada de venezolanos. Este proceso culminó el pasado mes de agosto con la imposición a los venezolanos de visas para entrar en Perú –requisito que no se exige a personas de ninguna otra nacionalidad-. Mi amistad con venezolanos de me hizo particularmente sensible a ese problema de Derechos Humanos.

En la siguiente foto estoy con mis amigos venezolanos residentes en Ayacucho en una manifestación política a favor de la democracia en Venezuela.



Después de haber finalizado mi periodo de voluntariado, decidí buscar ayudas para poder prolongar mi estancia en Perú con el objetivo de desarrollar una investigación que me permitiese conocer mejor la situación de la comunidad venezolana en Perú.

Mi proyecto lo desarrollé en Lima y en Ayacucho con la colaboración con la profesora Feline Freier, de la Universidad Pacífico de Lima, gran experta en la migración venezolana en Lima y en la defensa de los derechos de las personas migrantes.

Para conocer las opiniones mutuas de venezolanos y peruanos, desarrollé un estudio de carácter cualitativo en el terreno. Realicé encuestas a más de 60 personas (venezolanos y peruanos residentes en Lima y en Ayacucho) y varios grupos de discusión.

En la primera foto me encuentro con Susana, una mujer peruana que colaboró en mi proyecto ayudándome a encontrar limeños de clases sociales desfavorecidas a los que entrevistar. Nos

encontramos Villa María del Triunfo, un barrio marginal de Lima en el que vive con su familia. Hice muy buena amistad con ella y aun hoy seguimos en contacto.



En la siguiente foto me encuentro en un café de Ayacucho con Damaris, una mujer venezolana que tuvo la generosidad de contarme la situación que vivía en su país y que le obligó a migrar, dejando atrás a sus dos hijas, y su experiencia como migrante en Perú.



Después de haber realizado este trabajo, me fui con la sensación de haber conocido muchísimas culturas diferentes. Las conversaciones con venezolanos me acercaron mucho a su cultura, muy distinta de la peruana pese a que los europeos tendemos a ver Latinoamérica como uniforme.

En nada tiene que ver la cultura del peruano de los Andes –con la que me familiaricé en Ayacucho– a la del peruano costeño –a la que me acerqué en Lima–. Pero aún menos tiene que ver el carácter andino con el caribeño de los venezolanos.

A través de mi trabajo pude constatar choques culturales y rechazo mutuo entre los nacionales venezolanos y peruanos. Los primeros mostraban prejuicios racistas hacia los peruanos –por sus orígenes indígenas–; mientras que los segundos manifestaban sentimientos xenófobos hacia los venezolanos –por su condición de extranjero–.

Sin embargo, mi grupo de amigos en Ayacucho es el claro ejemplo de que la convivencia y la amistad entre venezolanos y peruanos no es, en el fondo, nada difícil. En esta foto nos encontramos en Huanta, una localidad de la región de Ayacucho. En ella aparecen tres hermanos venezolanos, la pareja peruana de uno de ellos, y otros amigos ayacuchanos.



Durante mi estancia en Lima, pude colaborar con la organización Fundación y Desarrollo, en Lima, que consistía en una red de ludotecas para niños residentes en barrios marginales. El Día Internacional del Juego, un amigo venezolano y yo, ayudamos en la organización de un evento en un barrio marginal de Lima, San Martín de Porres, en el que participaron niños peruanos y venezolanos.

